

instituciones que duraron mas ó menos, pero entre las cuales quedó la importantísima que obligaba á los jueces á esponer los motivos de su sentencia para persuadir á las partes y alejar toda idea de parcialidad.

La revision de las sentencias que antes obtenian por gracia los abogados de las partes, se obtuvo por derecho del tribunal supremo, y esta revision no solo era conveniente para mayor satisfaccion de los litigantes, sino igualmente para ilustrar al legislador reuniendo en un centro los casos prácticos mas importantes, ofreciendo á los jueces inferiores nuevas reglas sobre el modo de entender las leyes y haciendo olvidar las añejas usanzas locales. Mas para que no se viese abrumado á consecuencia de las apelaciones que se entablaron de todas partes de Francia, se determinó que el tribunal supremo vigilase por la observancia de la ley y de las formas, sin conocer de los hechos particulares, recibiendo las causas desnudas de toda individualidad, de suerte que no decidía entre los dos contendientes, sino entre el poder ejecutivo y la autoridad judicial, ni confirmaba ó notificaba los autos ó sentencias, sino que concedía ó negaba el recurso de nulidad ó traslacion á otro tribunal.

A imitacion de los ingleses se habia introducido el jurado, y aunque los autores del código no se atrevieron á destruir este paladin de la libertad personal, introdujeron en él modificaciones bastantes para desnaturalizarlo; además de ser el acusador un magistrado público, se esceptuaron algunos delitos del procedimiento ordinario y se sujetaron al examen de tribunales especiales aquellos que requerian pronto castigo: ¡arma terrible en manos de un déspota!

A pesar de tantos defectos, el código que llevó el nombre de Napoleon, tiene méritos tales, que fué la envidia y el modelo de las demas naciones (1). Su sencillez y su claridad, dotes que tenian que acrecentarse habiendo desaparecido ya las trabas del feudalismo, son debidas á Pothier y Domat. Tenia este código leyes benignas y racionales, aunque no generosas; no impulsaba el progreso, no iniciaba un glorioso porvenir, no se oponia á la potestad absoluta, y el haberlo podido adoptar aun los estados despóticos, muestra que estaba dictado en sentido muy diverso del revolucionario; pero podia ser mejorado: era sencillo en la práctica, y establecia un orden y una regularidad que constituian entonces el deseo general, si bien no bastaban á llenar las esperanzas de la progresiva humanidad.

Bonaparte publicó tambien reglamentos sobre todo, sobre el juego, sobre las mujeres públicas, sobre las artes; instituyó la legion

(1) Las diversas partes del código publicado sucesivamente fueron unidas en un solo cuerpo por la ley de 21 de Marzo de 1804, quedando derogadas las leyes anteriores, generales ó locales.

de honor, aristocracia personal que ligaba con la dinastía á los agraciados; *juguete*, como él decia, pero con *juguete se gana á los hombres*, y los mayores republicanos tuvieron á gala ser grandes cruces, en lo cual los imitaron pronto los reyes. Hay sentimientos mas arraigados aun que los intereses, y son los sentimientos religiosos. A las ideas reorganizadoras de Bonaparte correspondia naturalmente el restablecimiento del culto. La asamblea constituyente no habia destruido el catolicismo, sino solamente obligado á los clérigos á jurar la constitucion. De aquí nació el clero constitucional, algunos de cuyos individuos se casaron, y ninguno adquirió la confianza popular mientras otros permanecieron fieles á Roma sufriendo la pobreza, las persecuciones y el martirio, creidos del pueblo, fieles, pero no adictos al gobierno.

Presto se pasó adelante, y la revolucion, que reducía lógicamente á práctica la enciclopedia, levántandose con furia contra aquella lánguida y pomposa tiranía, estirpó preocupaciones, distinciones y poderes, pero al mismo tiempo destruyó aquello que mas importa creer y observar. Las doctrinas de Cristo parecieron instituciones propias de un siglo ignorante, ó cuando mas una educacion adaptada á la infancia del género humano; de aquí se pasó á negar á Dios, ó á lo menos á escluirlo del gobierno del mundo y del cuidado de los humanos sucesos; y Providencia, orden, bien, inmortalidad, parecieron hipótesis, de las cuales debia prescindirse para poner en su lugar las otras de fatalidad, acaso, desorden, mal y nada. El gobierno revolucionario se habia manifestado demasiado fiel á aquel deseo insano de "ahorcar al último rey con las tripas del último clérigo;" muchísimos sacerdotes fueron degollados durante el terror, y otros muchos despues de aquella época tuvieron que sufrir la prision ó el destierro. Quítese al hombre la idea de un destino superior, esa idea que la veneracion y el culto han impreso en él, y no se distinguirá del bruto mas que en una desventura mayor que cualquiera ventaja, esto es, en el orgullo de un saber mentiroso, en la conviccion de la general incertidumbre, en la desesperacion de una ambicion impotente.

En tiempo del Directorio se introdujo el culto académico teofilantrópico, cuyos sacerdotes, en los dias consagrados á ciertas festividades en honor de las virtudes, iban á arrojar flores sobre aquellos altares, de los cuales se habia escluido el sacrosanto rito de la expiacion.

Reveillère-Lepaux, inventor de esta fantástica solemnidad, escribia entonces á Bonaparte, que estaba en Italia (21 de Octubre de 1797): "Es preciso hacer de modo que no se dé sucesor á Pio VI y sacar partido de las circunstancias, estableciendo en Roma un gobierno representativo, para librar á Europa de la supremacia pontificia." Pero Bonaparte, que desde entonces se acostum-

braba á mandar, desobedeciendo, trataba con el Papa como vencedor, manifestándosele, sin embargo, lleno de respeto y consideraciones. En fin, le trataba, segun sus mismas palabras, "como si tuviese el Santo Padre cien mil bayonetas á su disposicion." Nombrado cónsul, ordenó se hiciesen pomposas exequias á Pio VI, que habia fallecido á la edad de ochenta y un años, prisionero en Valenza (29 de Agosto de 1799), y asistió tambien á los *Te-Deum* con que se celebraron en Italia sus triunfos, no echando en olvido que aquel pueblo era y queria ser católico. Pero en Francia no habia caido todavía en desuso la moda de la impiedad, que el pueblo seguia por ignorancia, y la gente ilustrada por adhesion á las doctrinas de Voltaire ó por respetos á las opiniones mas arraigadas. Cabanis, Lalande, Volney, Parny, Pigault-Lebrun, profesaban con ostentacion el ateísmo; Sivano Maréchal compuso el diccionario de los ateos, y Ginguéné [1], ministro de instruccion pública, consignaba estas palabras en una circular: "Todas las religiones positivas que no se pueden alimentar sino de supersticiones, son sobre poco mas ó menos un equivalente, y los hombres, al abandonar la una por seguir la otra, no hacen mas que cambiar de esclavitud. La revolucion francesa es la primera que, libre de toda influencia religiosa y sacerdotal, tiende real y verdaderamente á la emancipacion de las sociedades humanas. Atacar con alegorías ingeniosas estas religiones positivas contrarias al bienestar del hombre; derramar á torrentes el ridículo y el escarnio sobre lo que ha hecho verter tanta sangre, será una obra meritoria á los ojos de la revolucion, de la patria y de la humanidad."

Cuando feneció Pio VI dijeron los filósofos: "Hemos sepultado al último Papa," y los católicos temieron de que se quedara la iglesia viuda por largo tiempo; mas á la sombra de las victorias del Norte, se reunió en Venecia el cónclave. Austria, que pretendia dominarlo por hallarse convocado en una de sus ciudades, escluyó de la candidatura al famoso Gerdil; pero despues, por su lentitud en confirmar la presentacion de un candidato de su particular gusto, fué nombrado y proclamado Bernabé Chiaramonte. Este, cuando era obispo de Imola, habia dicho en una enciclica que la libertad amada de Dios y de los hombres era la facultad de hacer ó no hacer subordinada siempre á la ley divina y humana; que la forma democrática no solo se oponia al Evangelio, sino que exigia mas que cualquiera otra la práctica de aquellas prodigiosas virtudes que no se aprendian sino en las escuelas de Jesucristo.

(1) Ginguéné nos ha dejado una historia de la literatura italiana que llega hasta el año de 1500; pero es de notar que su autor podia haberla titulado mas bien compendio de Tiraboschi que obra suya original.

(Nota del traductor.)

"Estas virtudes, añadía, harán buenos demócratas de una democracia justa, tan distante de infidelidades como de ambiciones, y encaminada á la dicha comun; conservarán la verdadera igualdad, la cual, mostrando que la ley se estiende á todos, enseña tambien las relaciones de cada individuo para con Dios, para consigo mismo y para con sus semejantes. El Evangelio, las tradiciones apostólicas y las obras de los santos doctores, crearán mucho mas que la filosofia; la grandeza republicana, haciendo á todos los hombres héroes de humildad, de prudencia en el gobernar; de caridad en fraternizar entre sí y en amar á Dios. Seguid el Evangelio y seréis la gloria de la república; sed buenos cristianos y seréis aptos demócratas."

Este espíritu de moderacion pareció el que reclamaba la época, y elegido Chiaramonte con el nombre de Pio VII, á pesar de que Austria hizo todo lo posible para que estableciera su residencia en Venecia ó en Viena, se trasladó á Roma, donde el hastío producido por la dominacion extranjera, hacia que fuese mas ardientemente anhelada su presencia; Pio VII, como varon de ejemplar mansedumbre, eligió por ministro al cardenal Consalvi, que era tan hábil é ingenioso como moderado.

A Bonaparte agradaba sobre manera aquel sistema de unidad y fuerza moral que constituye la grandeza de la iglesia católica, porque se adaptaba perfectamente á su genio, y porque se prometia dominando sobre ésta, obtener imperio sobre las conciencias y unir la antigua Francia con la nueva, resucitando uno de los mas poderosos elementos de la unidad nacional. Por lo demas, le desagradaba aquella especie de coalicion que habian formado entre sí los clérigos reconocidos por la Convencion, á fin de evitar la furia de sus perseguidores.

La sangrienta agitacion de los tiempos anteriores habia hecho desvanecer las ilusiones impías y postrado los ánimos, por lo que, los enemigos de la religion se hallaron debilitados por sus mismos triunfos. En efecto, la palabra *naturaleza* sin Dios parecia repugnante, la religion una ironía, la sociedad incomprendible. Siendo, pues, imposible aquel estado de crisis en que ninguna creencia sólida dirigia y concertaba los actos y opiniones de los hombres, se hacia sentir por do quiera la necesidad de la fe y de consuelos religiosos. Tantos jóvenes que habian quedado huérfanos, tantas infelices viudas, que anhelaban refugiarse en brazos de aquel que es padre y esposo inmortal, las almas desconsoladas suspiraban por aquellos ritos y santas ceremonias que debian reconciliarlos con el Hacedor Supremo que consuela; los amantes imploraban al Cristo porque bendiciendo su amor los santificase; los que padecian, invocaban la cruz para que les enseñase la paciencia y les renovase la esperanza consoladora de un juicio en que serán revisadas las sentencias mismas de los poderosos. Tam-

bien el político desengañado veía que debía buscar una igualdad mas verdadera, una libertad mas sólida y menos falible; y el pensador meditaba melancólicamente sobre aquellos tres siglos de demolicion, en los cuales las sectas religiosas y filosóficas derrocaron el cristianismo sin sustituirlo con ninguna ley general que abrazara al hombre y el mundo, ni hallar un ser intermedio entre el gran todo que arrebatában á la humanidad y la nada en que la sumian.

Por otra parte, habia ya trascurrido el tiempo de las persecuciones; se veían regresar infinidad de emigrados, se restablecían igualmente en sus funciones muchos sacerdotes, reemplazando con una simple promesa el juramento á que antes se les obligaba, y finalmente, no se juzgaba ya difícil reconciliar la república con la Iglesia. Tres dias despues de la victoria de Marengo, Bonaparte habló sobre el objeto en cuestion al cardenal Martiniana, y mas adelante Consalvi y José Bonaparte trataron del asunto en Paris; pero la vuelta al gremio católico de la Francia hija primogénita del cristianismo, no podia lograrse ya sin inmensos sacrificios. En efecto, se pidió desde luego que fuese autorizado el matrimonio de los ministros del altar; pero el Santo Padre, aunque amaba á Francia y admiraba con estupor al hombre preclaro que la dirigía, respondió que se podia absolver á los casados, pero no sancionar como máxima el matrimonio de los clérigos. Con respecto á los bienes desamortizados no opuso dificultades, pues que no consideró las riquezas como necesarias al clero, y por lo tanto reconoció la enajenacion de cuatrocientos millones de francos en bienes nacionales. En cuanto á la supremacia pontificia, no hubo tampoco obstáculo que allanar, porque en el concordato de 1516 entre Francisco I y Leon X se habia convenido ya que el rey nombraría y el Papa instituiría los obispos, no queriéndose de ninguna manera que entre la dominante corrupcion quedase el nombramiento en manos de los cabildos, ni que lo tuviera la corte romana. Pio se vió tambien obligado á reconocer la nueva circunscripcion de diócesis con arreglo á la division de las provincias, y aprobar la eleccion de los obispos nombrados para ellas por el cónsul, el cual exigió la renuncia de los obispos fugitivos, que se habian negado á prestar el juramento á la constitucion, á fin de que no resultasen vacantes sus sillas; y aquellos prelados se dieron gran prisa á efectuarla con igual generosidad, que al estallar la revolucion mostraron los aristócratas para renunciar sus títulos (1).

[1] Este concordato entre Francia y la Santa Sede, es uno de los hechos mas notables de la época del consulado, es uno de los triunfos mas ilustres del catolicismo, y uno de aquellos actos que han immortalizado el nombre de Napoleon. No ignoramos que muchos de los que quieren blasonar de políticos profundos, sostienen que

Así la Iglesia erguia nuevamente su cabeza, pero no empapada en sangre ni con una

Napoleon quiso restablecer el catolicismo en Francia, porque lo creyó necesario á sus miras políticas; pero los que fundan sus juicios en bases mas sólidas, están muy lejos de patrocinar esta opinion. Bonaparte, dotado de mente robusta y de gran genio, conoció desde luego que el catolicismo era el solo pedestal en que puede apoyarse el cuerpo político y la sola religion verdadera y progresiva de la humanidad. A pesar de que su desenfrenada ambicion lo estravió de la buena senda hasta escederse contra la silla apostólica, jamas se manifestó incrédulo ni osó negar los dogmas augustos de nuestra religion. Fué hipócrita en Egipto, fué político audaz y sin fe, fué déspota, conculcó los derechos de la humanidad; pero conservó siempre en su pecho los sentimientos religiosos como lo confirmó en los últimos momentos de su vida en Santa Elena, pidiendo voluntariamente y hasta con deseo los últimos consuelos de nuestra santa religion; y porque algunos de los que le asistían se maravillaron de que anhelaba morir como verdadero cristiano, Napoleon contestó en tono irónico estas palabras muy notables: "Son pocos los que tienen la fortuna de ser ateos." Un célebre autor (a), haciendo alusion á estas palabras, dice con mucho tino: Un hombre de mente robusta como Napoleon, no podia tener mas deseo que el de morir en el seno del catolicismo. Cuando estaba en el apogeo de su gloria y queria privar al romano pontífice de su poder temporal reduciéndole á la condicion de simple obispo, lejos de prorumpir en denuestos contra su carácter sagrado, no se permitia mas que esta exclamacion: "¡es creíble que un sacerdote solo se atreva á contradecirme!" (b).

Todos estos hechos y otros que dejamos de citar, prueban que verificó el concordato con el papa por convicciones religiosas mas bien que por política. Diremos, finalmente, que nuestros lectores podrán por sí mismos convencerse de lo que acabamos de esponer, leyendo detenidamente la siguiente proclama que en aquella circunstancia publicó Napoleon.

[Nota del traductor.]

Paris 27 germinal año X [17 de Abril de 1802].

PROCLAMA A LOS FRANCESES.

Franceses:

Del seno de una revolucion inspirada por el amor á la patria, estallaron de repente en medio de vosotros disensiones religiosas, que llegaron á ser el azote de vuestras familias, el alimento de las facciones y la esperanza de vuestros enemigos.

Una política insensata trató de sofocarlas bajo

(a) Gioberti.

(b) Napoleon no quiso nunca dar empleos á Parney por haber escrito la *Guerra de los Dioses* y las *Galanterías de la Biblia*, obras entrambas impías.

cruz de vil madera, sino rodeada de pompa y esplendor y á la sombra de una espada poderosa, pero, ¡ay de ella!

los ruinas de la religion misma. A su voz cesaron las piadosas solemnidades en que los ciudadanos se llamaban con el dulce nombre de hermanos y se reconocían todos iguales bajo la mano de Dios, su criador: el moribundo, solo con su dolor, no volvió á oír esa voz consoladora que llama á los cristianos á mejor vida, y Dios mismo pareció desterrado de la naturaleza.

Pero subleváronse contra esta política la conciencia pública y el sentimiento de la independencia de las opiniones, y estraviados por los enemigos exteriores, su esplosion asoló en breve nuestros departamentos; los franceses olvidaron que eran franceses y se hicieron instrumentos del odio extranjero.

Por otra parte, las pasiones desencadenadas, la moral sin apoyo, la desgracia sin esperanza en el porvenir, todo se reunía para introducir el desorden en la sociedad. Para contener este desorden era necesario restablecer la religion sobre su base primitiva, y esto no podia hacerse sino por medios marcados por la religion misma.

El ejemplo de los siglos y la razon mandaban acudir al soberano pontífice para uniformar las voluntades y reconciliar los corazones.

El jefe de la Iglesia ha pesado en su sabiduría y en el interes de la Iglesia las proposiciones que dictara el interes del Estado: su voz se ha hecho oír á los pastores: lo que él aprueba, el gobierno lo consiente y los legisladores lo han convertido en ley de la república.

Así desaparecen todos los elementos de discordia; así se disipan todos los escrúpulos que podían alarmar las conciencias, y así se evitan todos los obstáculos que la malevolencia podia oponer al restablecimiento de la paz interior.

Ministros de una religion de paz, cubra el olvido mas profundo vuestras disensiones, vuestras desgracias y faltas; que esta religion que os une, os enlace á todos con los mismos nudos, con nudos indisolubles á los intereses de la patria.

Desplegad en su favor toda la fuerza y todo el ascendiente sobre los ánimos que os dé vuestro ministerio; que vuestras lecciones y vuestros ejemplos inspiren á los jóvenes ciudadanos amor á nuestras instituciones, respeto y adhesion á las autoridades tutelares que han sido creadas para protegerlos; sepan de vosotros que el Dios de la paz es tambien el Dios de los ejércitos, y que combate en favor de los que defienden la libertad y la independencia de Francia.

Ciudadanos que profesais las religiones protestantes, la ley ha estendido igualmente á vosotros su solicitud. Que esta moral tan santa, tan pura, tan fraternal, les una á todos en el mismo amor á la patria, el mismo respeto á sus leyes, el mismo afecto á todos los miembros de la gran familia.

Que jamas los combates de doctrinas alteren estos sentimientos que la religion inspira y ordena.

Franceses: unámonos todos para la felicidad de la patria; y para el bien de la humanidad, sea

Los espíritus fuertes ridiculizaban aquella reaparicion de clérigos y se reían de un cón-

esta religion que ha civilizado la Europa el lazo que una á sus habitantes, y sean siempre las virtudes que exige las que animen á los encargados de dirigir nuestras acciones.

CONCORDATO ENTRE PIO VII Y LA REPUBLICA FRANCESA.

Artículo 1.º La religion católica, apostólica romana, será libremente profesada en Francia. Su culto será público ateniéndose á los reglamentos de policia que el gobierno juzgue necesarios para asegurar la tranquilidad.

Art. 2.º Se hará por la Santa Sede, de acuerdo con el gobierno, una nueva circunscripcion de las diócesis francesas.

Art. 3.º Su Santidad manifestará á los titulares de los obispados franceses que se promete de ellos con entera confianza, por el bien de la paz y de la unidad, toda especie de sacrificios y hasta la cesion de sus sillas. Si despues de esta exhortacion se negasen á este sacrificio que el bien de la Iglesia exige, [negativa que no espera Su Santidad], se proveerá por medio de nuevos nombramientos al gobierno de los obispados de la nueva circunscripcion de la manera siguiente.

Art. 4.º El primer cónsul de la república en los tres primeros meses que sigan á la publicacion de la bula de Su Santidad, nombrará los arzobispos y obispos de la nueva circunscripcion, y les conferirá la institucion canónica segun las fórmulas ya establecidas respecto de Francia antes del cambio de gobierno.

Art. 5.º Los nombramientos para los obispados que vacaren en adelante, serán igualmente efectuados por el primer cónsul y se dará la institucion canónica por la Santa Sede, conforme se establece en el artículo precedente.

Art. 6.º Los obispos antes de entrar en el ejercicio de su jurisdiccion, prestarán directamente en manos del primer cónsul el juramento de fidelidad que se usaba antes del cambio de gobierno, concebido en los términos siguientes:

Juro y prometo á Dios por los Santos Evangelios, prestar obediencia y ser fiel al gobierno establecido por la constitucion de la república francesa. Prometo no entrar en inteligencias, ni consejos, ni ligas interiores ni exteriores en contra de la tranquilidad pública; y si supiese que en mi diócesis ó en otra se tramase algun plan en daño del Estado, prometo tambien participarlo al gobierno.

Art. 7.º Los eclesiásticos de segundas órdenes, prestarán el mismo juramento en manos de las autoridades civiles designadas al efecto por el gobierno.

Art. 8.º Se rezará al fin del oficio divino en todas las iglesias de Francia, la siguiente forma de oracion: "Domine, saluam fac rempublicam; Domine, saluos fac cónsules."

Art. 9.º Los obispos harán una nueva circunscripcion de las parroquias de sus diócesis, la

sul santurron, pero el consejo de Estado no se atrevió á oponerse (1); y Bonaparte dominó la resistencia interior con las restricciones impuestas en los artículos orgánicos, y tambien con las cárceles y la deportacion. El consejo del clero constitucional se disolvió y los patriotas italianos, y con especialidad los realistas, que en el rompimiento del Papa con el cónsul creian ver una ocasion de desórdenes y reacciones se apaciguaron y resignaron al órden que de dia en dia estaba mas consolidado. Hubo entonces un nuevo ministro de cultos (Portalis) y un legado á latere. En la pascua de 1802, los cañones saludaron con sus salvas la primera fiesta cristiana despues de 1789, y el pueblo entusiasmado tuvo la satisfaccion de volver á oír la aérea armonía de las campanas consagradas, corriendo presuroso á presenciar los ritos solemnes para disfrutar el placer de oír la palabra divina.

Los literatos se reanimaron con aquel nuevo cual deberá ser sometida á la aprobacion del gobierno.

Art. 10. Los obispos nombrarán los curas párrocos, debiendo recaer su eleccion en personas adictas al gobierno.

Art. 11. Los obispos podrán tener un cabildo en su catedral, y un seminario en su diócesis, pero el gobierno queda obligado á dotarlos.

Art. 12. Todas las iglesias metropolitanas, catedrales, parroquiales y demas no vendidas, y que fueren necesarias para el culto, serán puestas á disposicion de los obispos.

Art. 13. Su Santidad por el bien de la Iglesia y por el feliz restablecimiento de la religion católica, declara que ni él ni sus sucesores turbarán de manera alguna á los compradores de bienes nacionales vendidos, en la propiedad y goce de los mismos, y por consecuencia de ello dicha propiedad, sus rentas y derechos, quedarán para siempre en manos de los referidos compradores ó de sus herederos.

Art. 14. El gobierno asegurará una dotacion conveniente á los obispos y párrocos, cuyas diócesis y parroquias estén comprendidas en la nueva circunscripcion.

Art. 15. El gobierno adoptará tambien las debidas providencias para que los católicos franceses puedan, si quieren, instituir fundaciones á favor de las iglesias.

Art. 16. Su Santidad reconoce en el primer cónsul los mismos derechos y prerogativas de que gozaba cerca de la Santa Sede el antiguo gobierno.

Art. 17. Queda convenido entre las partes contratantes que en el caso de que alguno de los sucesores del actual primer cónsul no fuere católico, se arreglarán por medio de un nuevo convenio los derechos y prerogativas mencionadas en el anterior artículo y el nombramiento de los obispos.

(1) Habló hora y media. . . Y no preguntando cuál era el parecer de su consejo, todo el mundo permaneció mudo. *Carta de Monseñor Spadà á Consalvi, 8 de Agosto.*

vo espíritu de órden. Fué entonces cuando resonó la voz de Chateaubriand para restituir al cielo y á la tierra la misteriosa armonía que tienen con la existencia humana, para separar á la poesia de aquel sistema artificioso y pedante que no daba otro resultado que el de imágenes confusas y escualidas. Este vizconde breton, fugitivo por largo tiempo, entonces dió á luz el *Genio del cristianismo*. Esta obra no era un libro de discusion para los filósofos, sino una poesia para los hombres de sentimiento, para la juventud y para las mujeres; no tendia á probar las verdades de la fe, sino á manifestar toda la belleza que las artes hallan en ella, así como tambien las letras; ¡cuán buena es la moral, cuán solemnes y afectuosos son los dogmas y el culto del cristianismo! Los grandes y los poderosos se habian ya restaurado de los daños de la revolucion; pero las clases numerosas, las cuales nunca suelen alcanzar las compensaciones, sentian la necesidad de Dios y de la naturaleza, la necesidad de oír la voz de aquellos que quisiesen comprenderlos y compadecerse de su suerte; la voz, en fin, de aquellos que tuviesen, no tan solo ironía para ridiculizar ó amargura para revelar con energía los padecimientos del hombre, sino tambien vigor y talento para realizarle con las artes que sirven á los demas de instrumento para envilecerla. Voltaire habia combatido el cristianismo con el sarcasmo, Diderot con la viveza de ingenio, Rousseau con el airado sofisma, y ahora Chateaubriand procuraba defenderlo con las gracias de la imaginacion y con poner en juego los afectos del corazon, esforzándose al mismo tiempo en destruir la impía preocupacion de que el creer y adorar como lo han hecho tantos sabios y héroes, sea motivo para avergonzarse. En fin, Chateaubriand se dirigia á la fe por el camino del alma.

Dígase lo que se quiera sobre este modo parcial y humano de considerar la religion, el efecto producido por aquel libro que sustitua la adoracion del Todopoderoso al culto de Voltaire, era una prueba de la nueva tendencia de los ánimos. *El Genio del cristianismo* fué combatido de los filosofistas por las ideas, y de los gramáticos por el lenguaje, tan extraño, segun decian, como los pensamientos; y ademias se censuraron sus vigorosos defectos como si fueran los de un estudiantuelo, pero lo protegieron Luciano Bonaparte y De Fontanes, el Mecenas de la época y el periodista oficial que preparaba la restauracion monárquica por medio de la literaria.

Al mismo tiempo Delille en la *Piedad* desaprobaba las saturnales revoluciones, y compadecia la muerte de Luis y de María Antonieta: poema que fué buscado incesantemente por haber sido prohibido. Michaud escribió la *Primavera de un proscrito*. Portalis, *Del uso y abuso del espíritu filosófico*. La Harpe, filósofo arrepentido, analítico árido y sin imaginacion, que pretendia restablecer el

gusto sometiéndolo á reglas matemáticas, en su *Curso de literatura* dirigió contra la revolucion ataques tan violentos, que fué preciso imponerle silencio. Hubo quien puso en duda el mérito de Voltaire como poeta; y en el *Mercurio*, Chateaubriand, De Fontanes, Bonald, la Genlis, ventilaban todas las cuestiones sobre literatura de una manera nueva. Se les oponia el *Débats*, cuyos suplementos adquirieron terrible reputacion; Chenier dió á luz una sátira contra los nuevos santos y contra la preferencia dada al *Pange lingua* sobre Horacio, ponderando ademias los servicios hechos por el siglo XVIII á la filosofía, todo con sentimientos volterianos y manifestando desprecio á las instituciones de otros siglos. Pero la causa del bien está ganada desde el punto en que se la somete á discusion.

MUERTE DE PABLO.—SUMISION DE IRLANDA POR INGLATERRA.—PAZ DE AMIENS.

Los furoros de los europeos seguian ensangrentando el Mediterráneo, donde los ingleses querian establecerse sólidamente. Sitiaron á Malta y la tomaron (5 de Setiembre de 1800) como tambien la isla de Menorca; se apoderaron de muchas de las Antillas francesas, quitaron á los holandeses, Surinam, Curazao, otros territorios de América, y á escepcion de Java, todas las posesiones que tenian en la India, ademias del cabo de Buena Esperanza que es el mejor punto de escala para ellas. Los turcos y rusos tomaron las islas Jónicas, y no obstante ser déspotas establecieron en ellas la república [21 de Marzo de 1801]. Sin embargo, la arrogancia inglesa perjudicaba á sus mismos aliados, y Pablo de Rusia, asustándose de ella, precisamente á tiempo en que cesaba de tener miedo á Francia, pensó poner en práctica los planes de Catalina II, la cual en 1780 habia proclamado la *neutralidad armada*, esto es, que los buques de potencias neutrales pudieran navegar con entera libertad de un punto á otro y en las costas de las naciones beligerantes; que fuesen libres los géneros de potencias en guerra, que se encontrasen en buques neutrales, salvos los casos de contrabando marítimo [1], y que no bastara la declaracion de bloqueo para que se considerase cerrado un puerto, siendo necesario que lo estuviese en realidad para que surtiera sus efectos. Estos cánones eran contrarios al derecho marítimo inglés, segun el cual la bandera neutral protegía el cargamento enemigo; pero podian confiscarse tambien estando en buque enemigo las mercancías pertenecientes á potencias neutrales, bastando ademias la declaracion de un puerto en estado de bloqueo para escluir de él á los

(1) Son contrabando de guerra las armas y municiones llevadas á los enemigos; pero en esta última palabra comprenden algunos tambien los víveres y las primeras materias.

neutrales. Por otra parte los ingleses pretendian tener derecho para visitar los buques mercantes, aunque fuesen convoyados por otros de guerra.

Pablo para hacer valer sus ideas se unió á Suecia, Dinamarca y Prusia, y pidió que quedasen exentos de visita los buques convoyados. Despues secuestró inmediatamente todas las embarcaciones inglesas que habia en los puertos de su imperio, induciendo á los daneses á ocupar las orillas del Wesser y del Elba, y haciendo que los prusianos ocupasen el electorado de Hannover.

Inglaterra sostenia que sus pretensiones eran "derechos incontestables, y su moderado ejercicio indispensable á los intereses mas importantes del imperio británico."

Cuando Fox y Sheridan demostraban en el parlamento que era justa la libre circulacion, Pitt respondia: "Si nosotros hubiésemos abandonado el derecho de visita, Francia habria resucitado su comercio y su marina, y declamaba contra el principio jacobino de los derechos del hombre, que llevaria á la Gran Bretaña á renunciar á todas las ventajas por medio de las cuales desde tan largo tiempo y con tanto provecho se habia desplegado la energía inglesa."

Venció la opinion de Pitt, y á una declaracion de los derechos marítimos ofrecida por las potencias neutrales, opuso Inglaterra una declaracion de guerra. Pronto para el combate, atacó primeramente al mas débil y mas espuesto: cincuenta y dos buques procedentes de Yarmouth llegaron á los órdenes de Nelson al mal defendido estrecho del Sund [2 de Abril de 1801], y bombardearon á Copenhague, cuya capital, despues de haberse defendido valerosamente, tuvo que capitular y se vió precisada á separarse de la neutralidad, á abrir los puertos daneses á la escuadra británica y á permitir que ésta se proveyese de víveres en Dinamarca. A este resultado condujo un acontecimiento de gran importancia. Ya hemos descrito el carácter de Pablo de Rusia, caballeresco y brutal, débil y violento, estremado así en el odio como en el amor. Habiéndose propuesto al principio restaurar la antigua nobleza, se declaró enemigo encarnizado de los franceses, y para perjudicarlos envió cien mil hombres armados para guerrear encarnizadamente en Italia. De pronto disgustado de Austria y de Inglaterra, desde que vió que ésta no queria devolverle la isla de Malta, que pretendia como gran maestre, rindió una especie de culto á Bonaparte y prohibió todo tráfico con los ingleses, prohibicion equivalente á condenar á la miseria su mismo imperio, que ya no ganaba otra cosa sino el producto de muchas materias primeras que vendia á los súbditos británicos. Combinó tambien con Bonaparte un vastísimo plan, que consistió en reunir un ejército en Asdrabad en Persia, y desde allí dirigirse al mismo tiempo sobre la India. Segun este plan los soldados victoriosos de los Alpes debian lle-